



Epigmenio Ibarra

Y los indígenas cambiaron México (última parte)

A pesar de los acontecimientos de los últimos días —el criminal atentado contra Televisa Monterrey, a cuya condena me sumo solidaria y enérgicamente, y la también criminal y desproporcionada acción militar israelita en la franja de Gaza merecerían, sin duda, que les dedicara este espacio— me propongo seguir con el dedo en el reglón y volver, 15 años después, a la rebelión del EZLN en Chiapas. Lo hago convencido de que, por más que se quiera minimizar esa historia o reducirla sólo a una efeméride folclórica más, lo que sucedió esos días en las montañas del sureste mexicano abrió los cauces para una profunda transformación del país.

Muy lejos está México, es cierto, de ser el país que los indígenas que se alzaron en armas querían; muy lejos también de lo que el régimen autoritario, en aquellos días de euforia primermundista, imaginaba y hasta que tronaron esos tiros daba por hecho.

Los excluidos, los “condenados de la tierra” que diría Franz Fanon, cobraron de pronto un protagonismo hasta entonces inédito. Sus ataques coordinados a distintas cabeceras municipales no sólo tomaron por sorpresa a las autoridades civiles y militares; sacudieron, conmocionaron al país entero. El cese el fuego decretado por el gobierno federal a muy pocos días del alzamiento, resultado de una combinación de presión popular en las calles y una valoración contrainsurgente en los círculos del poder, no provocó, como hubiera podido esperarse, la deslegitimación, el desfundamiento del esfuerzo militar rebelde, sino que lo transformó, casi

de inmediato, en un esfuerzo político, en un viento fresco e incluyente que vino, en esos días tan aciagos, a dar nuevo aliento a las esperanzas de transformación del país. Las armas se volvieron de pronto más eficientes en tanto que cesaron de disparar y pasaron a tener un poderoso valor simbólico.

Sin sentarse en la mesa en la que las fuerzas políticas discutían con el gobierno

los asuntos que luego dieron paso a la alternancia en el Poder Ejecutivo, los indígenas chiapanecos, precisamente porque seguían empuñando esas armas con enorme dignidad y determinación, empujaron la mano primero a Salinas de Gortari y luego a Ernesto Zedillo y su partido, obligándoles a alcanzar acuerdos con los partidos de oposición.

Imposible concebir el deterioro súbito y creciente del régimen autoritario, que supuestamente se encontraba en su mejor momento y preparándose para una transformación gatopardiana, sin ese golpe inicial y sin la presencia cada vez más firme y ampliada del zapatismo en las calles, sobre todo de la Ciudad de México y en los más diversos círculos políticos e intelectuales del país y del extranjero.

El desconcierto y la división de las élites que ese alzamiento de desarraigados provocó, condujo, de alguna manera, a la descomposición de los mecanismos tradicionales de transmisión del poder. Colosio, el *delfín*, andaba por el país a la deriva, lejos del poder del que se sabía, supuestamen-

te, heredero, confuso y marginado, tanto que se volvió un blanco fácil y cayó al fin asesinado.

Consciente de la debilidad congénita de su mandato, remarcada a sangre y fuego con la ejecución de Ruiz Massieu, apoyando su propaganda en el miedo y prometiendo un bienestar que nunca llegó, Ernesto Zedillo alcanza la presidencia y no tarda en enfrentarse con su antecesor Salinas de Gortari y en plantear al EZLN un escenario de diálogo y negociación, que si bien jamás prosperó, sentó las bases para que el sistema se viera obligado a respetar la integridad y la presencia de los rebeldes. Quienes, de nuevo, son uno de los factores determinantes para que Zedillo se transforme en el “presidente bisagra”; el priista que entrega, por primera vez en décadas, el poder a la oposición. Triste y terrible para México resultó, sin embargo, que ese privilegio, esa enorme responsabilidad recayera en un truhán: Vicente Fox.

Quizás los zapatistas hubieran jugado un papel en una eventual victoria de Cuauhtémoc Cárdenas. La izquierda institucional que se volcó en su apoyo fue siempre vista en la montaña con recelo y desconfianza; Aunque Cárdenas fue el único candidato presidencial que estuvo en los territorios zapatistas no obtuvo, el “hijo del General” como se le llamaba por esos lares, en ninguna de las dos últimas oportunidades en que se presentó a las elecciones, el aval explícito de los rebeldes. La misma historia, pero recargada, pues de la omisión se pasó a la condena, se repitió con AMLO en los comicios presidenciales de 2006, y todo parece indicar habrá de repetirse de nuevo, con lo que queda de la izquierda, en las elecciones



Fecha 09.01.2009	Sección Opinión	Página 13
----------------------------	---------------------------	---------------------

legislativas de este año. "Los caminos de la vida..." dice la canción.

Esos indígenas tzotziles, zeltales, choles cambiaron el país; unos cuantos, en la clase política, han hecho de esas transformaciones su botín exclusivo y vuelven, soberbios como son, a olvidarse de esos que hace 15 años obligaron al poder a doblar la cerviz, olvidan que allá en la montaña ni el tiempo importa ni la memoria cesa. ■ M

<http://elcancerberodeulises.blogspot.com>

**Muy lejos
está México,
es cierto,**

**de ser el
país que los
indígenas
que se
alzaron
en armas
querían; muy
lejos también
de lo que
el régimen
autoritario,
en aquellos
días de
euforia**

**primer-
mundista,
imaginaba**

